

Pregón de frío y pipas para una semana no tan santa

Una visión laica del sentido de las celebraciones de la Pasión zamorana

LAURA RIVERA. E stá casi todo preparado. La casa limpia y el olor a aceitadas. Jueves, y hay que llevar al Nazareno desde la orilla izquierda, donde vive todo el año en un barrio popular, hasta el mismo núcleo del poder eclesial que es la catedral. Sin túnicas, caperuces, ni mantillas. Como un hombre de a pie acompañado de los amigos de su barrio. De la izquierda.

Antes de la semana grande, como para no estorbar a las procesiones de abolengo, otro barrio pasea su Cristo por las calles, demostrando que el Espíritu por muy Santo que sea, también es hombre y elige vivir entre los oprimidos por el Imperio.

Y luego está el peor trago de la semana que aún no ha empezado. Los que no vuelven a casa. Las aceitadas que no tienen quien las coma, y se ponen duras y amargan los recuerdos. Antes de la semana oficial, una pausa para el recuerdo de los que no están. Luz y vida para los que llenaron sus ojos de tinieblas y muerte.

Zapatos nuevos que aprietan, y borriquita en la tierra del burro autóctono zamorano.

Despreciado por sumiso, pero resistente. Símbolo del pueblo llano, apaleado y utilizado como burro de carga. Sólo los niños se atreven a acompañarlo, porque es un animal poco lucido, la verdad, para tan magna e importante semana.

Lunes de memoria histórica de un tiempo en que en la calle dejaron de oírse los cansados pasos de las alpargatas y atronaron las botas militares. La vida se convirtió en un calvario donde el hombre bajo el peso de su cruz se cayó hasta tres veces. Y se levantó para seguir avanzando hacia su destino, la buena muerte, satisfecho porque había luchado por cambiar el mundo.

Vuelve el hombre a su barrio, al de la izquierda, con su madre que le sigue para protegerle como cualquier madre que, tranquila tras verle cruzar el puente de vuelta a casa, se instala discretamente cerca para seguir cuidándole.

El martes por la noche retumban siete palabras bien dichas, algunas de reproche por sentirse abandonado, las más de dolor y sed, otras de esperanza, todas de incomprensión del hombre que se enfrenta a un destino de sufrimiento y muerte. Mujeres y hombres, sin conflictos, dicen las mismas palabras. Igual que pasa en la ciudad y se comenta en los bares. Se habla, pero nadie parece escuchar a esta provincia. "¿Por qué me has abandonado?"

Después los que mandan nos hacen callar bajo juramento. □ ¡Silencio! No sea que se oigan las palabras de la negociación con ETA que cuando el obispo Uriarte se dijeron Gobierno y terroristas. Hay mucho que callar después de dichas las siete palabras, y todo está consumado.

Que el pueblo con capa alistana salga a la calle, pero que el silencio sólo se rompa por el bombardino, porque para hablar por nosotros ya está la alcaldesa de la ciudad.

Del verde río, sube la esperanza calle arriba. La acompañan las mujeres solidarias con otra mujer a la que arrebatan a su hijo. Esta vez sí que como una madre cualquiera, que haría cualquier cosa por sacar adelante a su hijo. Verde es el color de la esperanza, y no de lazos blancos de denuncia contra las pobres mujeres que se niegan a parir hijos de esperanza muerta.

Verde la mañana de esperanza que viene del pueblo y del río, y que se transforma en violeta de sangre contenida apenas llega la tarde y con ella la traición de los que parecían amigos. La sentencia pasa por la calle, pero no es justicia, sino una cruz solitaria que cada vez le toca cargar a uno. La cruz está a tu vera.

Sólo queda yacer en las calles como los mendigos y los sin techo todos los días y todas las noches, y pedir perdón cantando, aunque no sepamos por qué.

La noche es larga, y hay que calentar el cuerpo y hasta el alma con cinco copas. De botellón

hasta que la luz del alba se encuentra con la tarde de luto y terciopelo, y la noche nos encuentra abrazados y muertos de cansancio hasta el amanecer, ¡madre nuestra!

Tiros, cohetes y campanas rompen el silencio. Ya es domingo y primavera. Y hay que echarse al monte y al campo con un par, dos, y hasta pingada para que seamos tres.

Se acaba la semana más santa, se van los forasteros y los pocos turistas que han medio llenado los hoteles. Y los que parecían disciplinados cofrades se transforman en anárquicos romeros que abren nuevos caminos el día 14 de abril republicano.

Los laicos hemos sobrevivido a la santa semana un año más, pese al frío y gracias a las pipas en las aceras, y pregonamos la vida que se atisba en la ciudad que ha cumplido con un rito ancestral que incluye a católicos, ateos, agnósticos y otros... todos zamoranos o de por aquí. Más los turistas...